

ciendo así en todas las esferas de la naturaleza una libre actividad del espíritu; pero comprendió que la fuerza de su reflexión personal no podría vencer la riqueza de hechos y experiencias alegada por el médico. Aunque sin quedar convencido, Baruch se calló, y el médico creyó haber conquistado un nuevo prosélito, y le rogó que volviese el día siguiente por la tarde para enseñarle una ciencia que le llenaría de admiración. Baruch acudió con exactitud á la cita. Van den Eude le acompañó á su gabinete de trabajo, echó el cerrojo por dentro, bajó las cortinas de las ventanas, y escuchó atentamente si había cerca algún vecino indiscreto.

—Supongo que no conocereis la leyenda del prior de Santo Domingo en Tiel. Mientras leía un libro piadoso el prior, vino á visitarle el diablo, que para distraer al monje de su santa ocupación, saltó encima de la mesa y se puso á hacerle muecas. Obligó el prior al espíritu maligno á que le tuviese la luz hasta que se acabara, concediéndole después permiso para marcharse. Miradle bien; él es el que va á alumbrarnos,—y diciendo esto, puso la luz en un esqueleto que tenía en la habitación,—mientras leamos el testamento del diablo. Hé aquí la llave. Mirad de cerca este esqueleto; es el del monje que tiene sobre sí el ser causa de la persecución y muerte de muchos. Estaba predestinado á ser robado por mí después de su muerte; he puesto mi vida en peligro al llevar á cabo esta empresa; constituye una historia admirable que os contaré otro día.

Subió sobre una silla, abrió con la llave la parte superior del cráneo, sacó un escrito, y dijo al bajar:

—Durante toda su vida no tuvo en la cabeza ideas